

PRIMERA PARTE

I

Me han pedido unas "notas sobre mi vida". Lo de "notas" es muy modesto; pero lo de "sobre mi vida" es un poquito ambicioso. ¡No importa! Sin insistir más, sencillamente, eligiendo, entresacando, no eludiendo demasiado, aquí me tenéis:

Nací en 1844, en Metz, en el número 2 de la calle de Haute-Pierre, frente por frente a la Escuela de preparación para futuros oficiales de Ingenieros y Artillería. Recuerdo un modesto pensionado, donde aprendí a deletrear inclusive, en la calle de los Osos, en casa de una señorita muy "pastaflora", siendo éste todo el recuerdo que conservo de ella y de los estudios que hice bajo su dirección. Desde nuestro pri-

mer piso veía yo todas las mañanas pasar a caballo la larga fila de los alumnos de la Escuela de Preparación, con uniforme de diario o de gran gala, según los días; tenientitos de las dos armas sabias, y mi corazoncito, militar a más no poder, trotaba, galopaba tras ellos. ¡Dios sabe cómo! Mi padre era capitán de Ingenieros, y en casa salía a relucir con frecuencia el tema del Ejército en las conversaciones, y de los oficiales del regimiento en las tertulias semanales —*whist* y té— que allí se celebraban. Yo estaba muy engreído con el vistoso uniforme paternal: levita a la francesa con pechera de terciopelo, con sus dos condecoraciones de España y de Francia, Argel y el Trocadero, bicornio, con plumas tricolores de capitán ayudante mayor, espada, pantalón muy ceñido, azul obscuro, con galones rojos y negros y trabilla; y muy engreído también con su soberbio porte de hombre corpulento —como no quedan ya— y su semblante marcial y dulce, en que la costumbre del mando no había dejado de marcar un frunce de autoridad que me imponía y me hacía bien, pues yo era malo como un diablo cuando me consentían demasiadas travesuras.

Harto sabía de esto mi pobre madre, a la que su extremada bondad no le impedía, sin embargo, cuando las cosas llegaban hasta el exceso por mi parte, llegar hasta los justos extremos

del suyo. Luego, mucho después, cuando yo me hube hecho hombre, ¿para qué? y envejecido, ¿por qué?, acostumbraba ella, vencida al fin por mi adolescencia tumultuosa y mi madurez peor todavía sobre este particular, a decirme, con ocasión de nuestros disgustos, en forma de amenaza en la que harto sabía ella que yo no había de creer: “¡Ya verás, vas a dar lugar a que un día me vaya y no vuelvas a saber de mí!” No; no había ella de cumplir la amenaza, y la prueba es que murió de un enfriamiento que atrapó asistiéndome en la enfermedad que todavía no me ha soltado. ¡Bueno! ¡Pues yo pienso mucho, casi continuamente estoy pensando en ella; reñimos, comprendo que he hecho mal, corro a confesárselo, a pedirle perdón y echarme a sus plantas, henchido del pesar indecible de haberla afligido y de un cariño infame, dispuesto a ser en adelante todo de ella y para ella! ¡Pero ya no existe! Y el resto de mi ensueño piérdese en la creciente congoja de una infinita busqueda inútil. Al despertar, ¡oh, alegría!, mi padre no se ha apartado de mi vera, nada de eso es verdad; pero, golpe siempre terrible, al punto vuélveme la memoria; ¡mi madre ha muerto, era verdad!

No vayan a deducir que yo fuese lo que se dice un niño perverso o malvado. Tenía momentos frecuentes de amabilidad, y basta, para

convencerse de ello, ver mi retrato de cuando tenía cuatro años, retrato cuyo original hállase actualmente en poder de mi amigo Raimundo de la Tailhède, a quien se lo cedió el tan llorado Julio Tellier, que lo había recibido de mis manos. En él pueden verme con un gorrito acuchillado, rematado en una borla blanca y azul. Mi nombre de María habíame puesto bajo la custodia de la Virgen Santísima, la cual se acordó de su ahijado allá por los años de 1873-74, época en que escribí *Cordura* ¡tan sinceramente! Estoy muy parecido en esa aguada, por lo demás bastante linda. Tengo allí los ojos azules, que luego han “encanecido”, si es lícito decirlo así, y una boca con el labio superior un poco respingón y el aire fundamentalmente ingenuo y bondadoso. ¿He cambiado tanto desde entonces? En fealdad, sí; pero en maldad, no lo creo.

Además de mis padres tenía yo una prima, por parte de madre, que me llevaba ocho años, huérfana de madre y a la que habían recogido en mi casa y criaban como a hija propia. Yo le profesé siempre cariño de hermano y ella me quería con ternura.

¡Pobre y querida primita Elisa! Ella fué la particular dulzura de mi infancia, cuyos juegos compartió y protegió largo tiempo; a veces, al principio, como niña que era también, fué cómplice inocente de las malicias, o más bien, inspi-

radora, de las travesuras pueriles que constituían mi vida en aquel tiempo. Callaba mis mayores defectos, ponderaba mis modestos méritos, y, de cuando en cuando, también me regañaban con mucho garbo. Andando el tiempo, fueron buenos consejos y también ejemplos de sumisión, de deferencias y atenciones los que me daba; ejemplos de los que yo me aprovechaba más o menos, y vino a ser como una madre-cita, además de la grande, una autoridad no más dulce ni más grata, sino como más próxima. Cuando se casó, para morir, ¡ay!, unos años después, nuestro afecto siguió siendo el mismo, ¿y qué decía yo más arriba? Cómplice todavía de mis malicias de entonces, ella fué la que me facilitó el dinero necesario para la publicación de mi primer libro, de esos *Poemas saturnianos* donde resalta a las claras mi yo fantástico y algo arisco de entonces...

En la época de mi más tierna infancia, a la que vuelvo ahora después de ese salto adelante, solían cambiar muy a menudo de guarnición los regimientos. El de mi padre tuvo que salir de Metz, a poco de haber yo nacido, para trasladarse a Montpellier. De mi estancia allí conservo todavía en la memoria unas fastuosísimas procesiones religiosas, donde jóvenes de la población, vistiendo trajes monacales de diversos colores, la mayor parte blancos, con capucho-

nes calados, sin más que tres agujeros para los ojos y la respiración, desfilaban, causándome no poco pavor. Llamábanlos entonces, y aun siguen llamándolos, “penitentes”; pero yo los llamaba “fantasmas”.

En la casa en que vivíamos, vivían también dos solteronas, vendedoras de juguetes, a las que me confiaba el aya cuando salían mis padres por la noche. ¡Aquella tiendecita era para mí, naturalmente, el paraíso! Aun tengo ante los ojos los relucientes polichinelas —Alegría y Terror— y todos aquellos tambores y todas aquellas trompetas y los carritos sin cuento, y la pala y el cubo para los hoyos en la arena, y los paisajes metidos en aquellas cajitas para diseminar por ellos soldaditos de plomo, del tamaño de los árboles de hojas de virutas y más chicos que los carneros y los pastorcitos de Nuremberg, o tenidos por tales, y tantas y tantas otras maravillas. Una noche de invierno en que estaba yo en las rodillas de una de aquellas señoritas, a punto de dormirme, maravillado de ver por entre mis párpados que se juntaban mostrándome como un calidoscopio las cosas que hervían bajo la tapadera levantada y de escuchar por entre los indistintos ruidos de la dormivela, como cantaba el agua de una olla, ocurrióseme la idea —lo recuerdo como si hubiera sido ayer, y creo hasta tal punto, “me re-

conozco en ese rasgo", que aun hoy se me ocurriría—, ¡la idea! de meter mi mano derecha en aquella hermosa agua de plata rizada que armaba tan linda música. El resultado, según imaginarán fué una espantable quemadura, gracias a la cual vime privado largo tiempo del uso de un brazo, quedando luego tan diestro y tan torpe de una mano como de la otra, o sea zurdo, si no me engaño.

¡El Peyrou! ¡Qué calor hacía bajo aquellos árboles negros, a lo largo de aquellos vallados espesos como muros! Yo volvía de allí todo sucio de escarbar la tierra y desalado de haber corrido por las alamedas de húmedas sombras y sol polvoriento.

Mi gran aventura en Montpellier fué la del escorpión. Pierre-et-Paul, uno de los biógrafos que ejercen bajo el Vanier de *Los hombres de hoy*, la ha referido dándole cierto apresto heroico. He aquí la verdad estricta: Habíanme preparado un vaso de agua con azúcar, que yo me disponía a beber, cuando, al remover la cucharilla para que se derritiera la azúcar, noté algo raro entre la efervescencia de la burbujas de aire que subían y bajaban dando vueltas. Aquella cosa rara era un escorpión de la clase más tenue, transparente y casi invisible, semejante a un langostino en miniatura enroscado y como disuelto en el remolino del agua. Pla-

P A U L V E R L A I N E

giario inconsciente de Víctor Hugo en pañales, exclamando ante su recién nacido hermano, yo grité: “¡Bebete!” Y el desventurado y diminuto monstruo murió, no engullido, como lo afirma el inexacto anecdotista del Quai Saint-Michel, sino por haber sido arrojado al fuego en el acto.